

Resonancias
Antología poética, 1964-2022

De *Las estrellas vencidas*
(1964)

PRIMEROS PASOS

VI

No hay tiempo ya.
Calla el cuerpo
y ciñe la mirada
un peso de silencio,
la fatiga
de tanto ver el cielo
cargado de vacío.

No hay tiempo ya
porque no duele
la negación del cuerpo.
Porque no está el amor
sembrado en cada estrella.
Porque tras de tu nombre
hallé muerto mi sueño:

no hay tiempo ya;
¡no hay tiempo!,
porque no diste forma
a mi apagado ser...

Y al mirarte a los ojos
comprendo tu cansancio.
Y es el mismo del árbol

que sueña primaveras
y se le niegan hojas

...y es el mismo
el mismo que yo siento.

XI

Yo le doy mi tiempo a las hojas,
hojas frías sobre el pavimento,

a ellas
no a los hombres
que están lejos y no aman.

Y no están muertas
porque estén en el suelo.
Su destino es caer
y crujir bajo cada pisada.

Y yo vengo a mirarlas,
a ser con ellas,
a pisarlas también como en una caricia.

Porque mi alma
es el suelo mojado.
Y mía es su soledad.

CANCIÓN DE BRUMA

Crepúsculo de noche
primera hora de calma.

Voy buscando canciones
en las voces del agua.

—Niebla en sombras,
luz sin ala—.

El muelle se reclina
en la bruma compacta.

Los barcos vagabundos,
prisioneros sin guarda.

—Cárcel marina,
profunda amarra.—

Un mástil se adormece
soñando, triste, el alba.

Voy buscando la luz
en el fondo del agua.

De *Límite humano*
(1973)

A LOS INDIFERENTES

ESPERAD a la muerte.
Ahora no.
Se ha despeñado la luz
en ciego muro,
y hay que levantar
el mundo
con la cuerda
de la vida.

Sois el polvo de la tierra,
indiferentes.

Ahora no.
Ahora no.
Esperad a la muerte.

SOFROSINE (POEMAS DE ESPERANZA)

Otoño

Cubre el otoño con su manto rojo
todos los sueños de la hiedra. Trepas
sobre los muros del verano, alto, y
duerme en la niebla.

Invierno

Cae la nieve de pisada blanca
sobre la tarde de los campos yermos.
Lento reclina su alegría el sol
en los aleros.

Pierde equilibrio y claridad el cielo.
Flota en el aire de la hora última
una tristeza que lo llena todo.
Todo lo encierra.

Quiero vivir desde la tierra misma
esa tristeza y la tristeza mía,
de ala naranja y amarilla, cálida
bajo la nieve.

Quiero cantar y para siempre, a gritos,
días que mueren con el alma roja,
toda la vida, la tristeza toda.
Siempre y ahora.

Primavera

Luz se desliza por el agua, y canta
entre la hierba de dormidos dedos.
Huele el abrazo de la tierra húmeda
nueva y de siempre.

Se oye lejano el renquear de un carro.
Llega el olor a renovado pienso.
Cae el mugido de los bueyes, lento
como el silencio.

Lentos discurren el camino largo.
Se balancean —soñolientas nubes—
sobre sus pasos, desde algún recuerdo
nunca vivido.

Lentos anudan su canción al tiempo
como nosotros anudamos vida,
nueva y de siempre, de la luz al polvo,
día tras día.

Verano

Sal ondulada que se torna flor.
Flor desmayada que en la arena es sombra.
Sombra que rompe con raíz la tierra
siendo corola.

Flores de mar. Y por la orilla viento,
viento encendido, cazador de olas.
Ola, galope del corcel marino,
crin en la costa.

Cómo adormece con sus brazos de hilo
hilos de sol y de la orilla rosa,
rosas de arena con espinas de aire,
esa mar honda.

Cómo recoge con sus alas limpias
limpia la aurora de recuerdos tristes,
triste la noche. Incansable madre
nunca reposa.

FUGACIDAD DE LO TERRENO

Todo es de polvo, soledad y ausencia.
Todo es de niebla, oscuridad y miedo.
Todo es de aire, balanceo inútil,
sobre la tierra.

Manos vacías que acarician viento,
ojos que miran sin saberse ciegos,
pies que caminan sobre el mismo trecho
siempre de nuevo.

Vemos sin ver y en la tiniebla estamos.
Somos y somos lo que no sabemos.
Hay en nosotros de la llama viva
solo un reflejo.

Caen los días en otoño eterno.
Pasan las cosas entre sueño y sueño.
Llega la noche de la muerte. Y calla
nuestro silencio.

De *En busca de Cordelia*
y *Poemas rumanos*
[1972]
(1975)

EN BUSCA DE CORDELIA

Fue hace solo una fracción de tiempo,
estaba en la parada de autobús
y te veía en el interior de los coches que pasaban,
coches blancos, grises, negros.
Aparecías y desaparecías
metido en esos élitros de hojalata,
una y otra vez.
Al final te detenías.
Yo te ofrecía una patata frita.
Nos reíamos,
y la risa,
atrapada por el silencio,
quedaba inmóvil,
hecha diedros menudos que cubrían el cristal del parabrisas
protegiéndonos.
Me sentaba a tu lado
y oía el golpe de la puerta.
Todo era carne caliente hasta
la suave curva del hombro.
Pero debajo de los brazos había un fuego
como una cereza
y había que comerlo.
Pero no... no fue así,
porque cuando llegó la vieja
yo estaba aún en la parada de autobús
y las patatas, algo mojadas por la lluvia,

me trajeron el recuerdo de las lágrimas.
Iban pasando coches
cuyos rostros eran desconocidos.
Solo una cara de pronto:
la muerte
sentada en el asiento delantero
junto a un hombre.
Tenía las facciones de piedra de Nefertiti;
llevaba un pañuelo verde
alrededor de la cabeza
y colgando por la espalda
(verde esmeralda).
Estaba tan pálida
dibujando fetos y más fetos...
Tal vez es ese el destino de la muerte.
Yo le saqué la lengua a escondidas,
y tampoco me vio con sus cuencas huecas.
Pero no importaba,
la lluvia había cesado y la vieja no estaba.
Pensé: este es el fin,
este es el comienzo.
Y se abrió en mi mente un panorama en el que
los límites no se vinculaban.
De todos modos tú me debes todavía una manta,
yo siempre, siempre, he querido perdonártelo.
Hace más de diez años que lucho por ello,
para que ahora
que ya no quedan más que espejos incapaces de todo reflejo,
domine la más absoluta transparencia.
Pero la vieja no perdona nada;
está siempre al acecho, reclamando un gesto,
una mirada,
siempre a vueltas con esa manta...
Porque cada vez hace un frío más intenso.
Me pregunto qué será lo que a ti
te reclame de mí.

¡Cómo me gustaría saberlo para evitarte esta tortura!
No deja descansar con su continua monserga,
y todo sería tan sencillo
si ahuyentando la dureza del invierno,
nos libráramos de ella...
Pero irá teniendo menos importancia,
porque las puertas se han ido cerrando
una tras otra.
La puerta del color fue la primera.
Después las cosas empezaron a ser planas, todas planas:
cogías un cubo y no había modo de hacer que
se llenara de agua;
ibas a sentarte y el cuerpo se deslizaba por la silla
como un papel por un muro.
Entonces, arrimada a la pared,
intenté hacer trepar mi voz,
como antaño, cuando el ampelopsis
le prestaba sus garras.
Pero mi voz se quedó dentro de la maceta
y aunque Ceres le tendía las trenzas,
allí permaneció atrapada.
Con pánico me preguntaba qué sucedería luego
porque quedaban aún el acaso y el deseo.
Este último, entonces, se hizo el harakiri,
como era de esperar,
y la puerta restante se fue cubriendo con los años
de una bruma intensa.
Ahora soy libre.
Cualquier día
se me acercará de nuevo el suicidio
en forma
de primavera
de Beethoven.
Imperfecta, como todas las primaveras,
donde solo es hermoso
el color que ven las hojas cuando abren los párpados.

Por suerte, Cordelia aún no sabe nada
y cuando oye la música
ignora que solo tenso el arpa
para el día que Sócrates me deje probar de su brebaje.
Que no la deje sola, me grita.
Y yo, desde luego, no estoy dispuesta a hacerlo.
Todo esto son cosas
que están ahí,
en los dinteles de las puertas,
pretendiendo recordar
a la memoria inerte
distintos niveles de estratos:
un determinado y pequeño trozo de sonrisa
incluido un diente que asoma entre los labios,
un párpado cerrado,
una mano como las raíces de un árbol,
un vaso campaniforme lleno de huesecillos de ignorancia.
Pero el grito de Cordelia martillea:
¡No me dejes sola!, ¡no me dejes sola!
... una fotografía de Nureyev,
¡qué cosa tan absurda!,
como si él tuviera más alas que tú.
Yo vi de cerca
su rostro exultante de trigo,
y te puedo decir que es
el animal más bello que jamás he visto.
Pero las alas las tenías tú,
y con ellas me llevaste siempre
hasta la misma corola de las rosas silvestres,
librándome de arañazos...
Aunque a veces
gusta tener las piernas
ensangrentadas de espinos,
como en el primer beso.
Tal vez sea eso lo que te reclame la vieja:
el beso de aquel príncipe de Holanda,

que yo, por un descuido,
confundí con el de Dinamarca.
No lo puedo evitar,
jamás leo un periódico ni miro las fotografías
de las revistas,
—si bien los pies de foto suelen estar equivocados—.
Pero no puedo hacer nada,
todo lo más
intentar no volver a equivocarme.
Algún día lo sabré,
quizá lo tenga escrito en el testamento
o le haya contado el secreto a la muerte
y ella lo haya metido
en el vientre de uno de sus fetos,
para que un día salga a la luz,
o me lo dirás tú,
la próxima vez.
Puedes colgarlo en la pared, o dejarlo detrás de la puerta,
y así nadie sabrá de qué se trata
y pensarán que no nos conocemos.
Iré a la hora en que se hace la limpieza
y haré desaparecer la huella
con el trapo del polvo.
Inmediatamente le pondré solución.
No sé qué querrás hacer tú luego
pero yo cegaré el ojo inmóvil del aire
y esperaré.
No,
soy libre,
ya no hay nada que esperar.
Cogeré a Cordelia
y me la llevaré lejos.
Es tan hermosa que Ulises podría confundirla
con Nausica,
y para eso prefiero que Paris la tome por
Helena.